



Renacen en el Siglo XV Adán y Eva



7

Hubo un momento en la vida de Europa en que el hombre no dudó de nada. El mundo, saliendo penosamente de las tinieblas de la Edad Media, fue asombrado por una serie de descubrimientos maravillosos. La brújula fue inventada. Un nuevo mundo se agregaba, con todos sus misterios portentosos, al mundo ya viejo. El telescopio, interrogaba y definía los espacios celestes.

Era el tiempo en que todo era posible, en que las imaginaciones, aprisionadas durante siglos en una disciplina férrea e inexorable, aceptaban ahora como hechos y realidades las suposiciones y teorías más descabelladas.

Fue una época de orgullo, de locura, de ateísmo, de desórdenes. La misma fe del clero romano fue conmovida hasta sus cimientos. El telescopio daba razón a Galileo y a Copérnico.

Algunos se alarmaban por la inevitable revolución que esas cosas provocarían en las ideas. Los más se dejaron dominar por el orgullo, cerrando los oídos a los terrores de Satanás, pensando que seguramente se descubriría un secreto de alquimista para extinguir las llamas del infierno o para vivir en él, sin ninguna molestia, por toda la eternidad.

Los más exaltados no dudaban que, de descubrimiento en descubrimiento, se llegaría a encontrar la inmortalidad de los cuerpos.

Se organizaron, pues, sociedades para matar a la muerte.

Un cierto conde de Bolsena, que disfrutaba de una inmensa renta, y se desesperaba con la idea de perderla a su muerte, se puso al frente de una sociedad clandestina, que no buscaba y la piedra filosofal, sino la inmortalidad. Esta secta se reunía en un castillo de la gran isla del lago de Bolsena. El conde había jurado hacer un descubrimiento más útil para la humanidad que el de un nuevo mundo. Se encontraba en el vigor de la edad y se sentía casi seguro de no ser sorprendido por la muerte antes de haber encontrado el secreto que buscaba. Muchas experiencias fracasaron; pero no por eso la sociedad se desanimó. Se repetían los experimentos; se estudiaban las plantas de las cuales eran extraídos los jugos que se combinaban con venenos y plantas alimenticias para neutralizar los principios de la muerte, con el vigor del elemento de vida. A la luz de la luna en el mes de marzo, se tomaba la cicuta con la mano izquierda, poniendo la derecha sobre el hombre y se pronunciaba un voz baja la palabra infalible, que quema el papel en que se escribe o los labios que la pronuncian.

Se agotaba la ciencia de la nigromancia; los adeptos se consumían rendidos por las largas vigili-
as, y morían desesperados, pensando que una hora más de existencia les habría iniciado en el gran arcano que daría a sus felices cofrades cuerpos inmortales.

La sociedad no admitía en su seno sino a hombres enérgicos, cuyo coraje indomable hubiera ya triunfado en las formidables pruebas de la admisión. Las pruebas eran impresionantes: el candidato era conducido con los ojos vendados a ciertos subterráneos, donde rugían las aguas del lago de Bolsena; se oían ruidos, voces, gemidos; el agua gotaba sobre él como una lluvia helada. Sobre su cabeza atronaba una rueda de molino movida por la violencia del agua. Si el paciente pedía gracia, dos vigorosos brazos lo aferraban y se le hacía tomar un narcótico; al despertarse, se encontraba solo, muy lejos, sobre una colina de los Apeninos.

La ceremonia de la iniciación no era siempre la misma; algunas veces se colocaba al futuro adepto, de noche, sobre un pedestal de granito que dominaba la cascada del Righi; le ordenaban que no se moviese, sucediera lo que sucediera. Al principio, todo era tranquilo, pero a una determinada señal el silencio de la noche era roto por el espantoso estruendo de las aguas que caían a pique en el abismo. Uno de aquellos infelices tuvo un sobresalto de terror y se precipitó en el vacío.

Le hicieron magníficos funerales y fue nombrado adepto de la inmortalidad después de su muerte. El diploma póstumo fue depositado en su tumba.

Un día entró en la sala de las sesiones un adepto que gozaba de gran consideración: era apodado el Viterbese.

Los pormenores de su magno proyecto han sido perdidos, pero nos consta que se apoyaba en la idea -rigurosamente ortodoxa, por lo demás- de que la muerte no es conatural en el hombre, sino que la heredamos de Adán, un mal hereditario del que nos podemos librar. Todo está en que recuperemos la perdida inocencia del Paraíso. Eva y Adán, antes de probar la manzana, eran inmortales, y a nuestra raza no le está vedada, por consiguiente, esa posibilidad portentosa de no morir.

Desgraciadamente, el inventor de la inmortalidad pedía doce o quince años para hacer gozar a sus cofrades del triunfo de su experimento. Pero lo más difícil estaba hecho; lo demás no era sino un juego de niños.

La sociedad decidió armarse de paciencia. Antes que nada, el Viterbese pidió una niña de tres años y un niño de cuatro, lo más lindos posible.

Los adeptos eran ricos y poderosos y habitaban un país libre. Se encontraron fácilmente los niños pedidos, que fueron criados clandestinamente en la campaña de Bolsena. Se les dieron, respectivamente, los nombres de Vita y Raggio. Fueron encerrados por separado en dos jardines circundados por altos muros, pero llenos de distracciones y de todo aquello que contribuye a desarrollar la salud del cuerpo. Eran dos deliciosas prisiones, con verdes canchales, bosques de naranjos y fuentes de agua viva: en suma, el paraíso terrestre.

Se trababa de vigilar todos los movimientos de los niños sin dejarse ver y depositar los alimentos de noche, mientras ellos dormían. Los guardianes debían entregar su informe al presidente de la sociedad; y así se hizo.

Vita y Raggio tenían la edad que no conserva ninguna imagen del pasado; su vida no había comenzado aún, por así decir cuando entraron en el jardín que debía servirles de universo.

Con el andar de los años, sus recuerdos debían reducirse a aquellos caminitos en que dieron sus primeros pasos.

Vita y Raggio, como hemos dicho, estaban separados; sin embargo despertaban a la misma hora, jugaban con las flores de los prados, imitaban el canto de los pajaritos, y se sumergían en las piletas cuya frescura matinal los hacía estremecer y reír a carcajadas. Luego comían alegremente las provisiones que encontraban, sin preocuparse de la invisible providencia que los alimentaba; después dormían.

El socio de Viterbo habitaba un castillo cerca de Monterosi. Iba regularmente todas las semanas a la isla de Bolsena para leer los informes de los guardianes y observar secretamente a los niños en sus progresos; luego los socios se reunían haciendo mil preguntas al Viterbese, que las contestaba como un oráculo.

Pasaron doce años; una noche, en la estación de la vendimia, a las doce en punto, un hombre agitó la campana del peregrino en la puerta del castillo del conde de Bolsena: era el adepto de Viterbo, a quien el conde esperaba.

El castillo estaba situado en un lugar admirable. Circundado por altas torres y muros como una ciudadela, se levantaba en la cumbre de la colina, dominando la magnífica campiña que un horizonte circular de montañas cerraba por doquier; y desde la terraza la vista abarcaba toda la extensión del lago, las islas y los bosques de olivos que lo coronaban.

El conde, lleno de respeto como todos los socios, por la profunda ciencia del Viterbese, no osaba interrogarlo, y esperaba con impaciencia la primera de sus palabras para recibirla religiosamente.

-¿Cómo están mis hijos? preguntó por fin el Viterbese.

-Gozan de una salud maravillosa -contestó el conde.

-Hermanos de Bolsena -dijo el hombre de Viterbo-, ¿el bote estará listo antes que aclare?

-Sí.

-Es necesario velar y no dejarse sorprender por el sueño.

-Hermano de Bolsena, ¿qué hará usted de la vida cuando su cuerpo sea eterno?

-Me divertiré... viajaré... gozaré de la vida bajo todas las latitudes. Y usted, ¿cómo piensa em-

plear su eternidad?

El hombre de Viterbo se levantó, sus negros ojos brillaron, su frente se contrajo... Tendió el brazo a la isla, diciendo con voz solemne:

-Moisés guió a los hijos de Israel a la tierra prometida, y murió antes de entrar en ella; Moisés había pecado y así debía suceder. Es siempre necesario que un libertador se sacrifique por sus hijos.

A la hora convenida, los dos adeptos saltaron en el bote, y el viento los empujó rápidamente hacia la isla.

Desde puntos opuestos, otros botes habían conducido a los compañeros. Se reunieron en la sala común, donde reinaba el más profundo silencio; oscura era todavía la noche. El Viterbese, habiéndose asegurado que Raggio dormía, hizo derribar la pared que separaba los dos jardines. Luego impuso silencio y ordenó esperar el alba.

Vita entraba en su décimo quinto año; Raggio contaba un año más. Pero la existencia natural que llevaban había desarrollado sus cuerpos admirablemente.

Los dos jóvenes despertaron al canto de los pájaros, según su costumbre. Los jardines no eran muy vastos; se vieron, pues, casi simultáneamente y ambos saltaron una carcajada. Raggio más atrevido, adelantó cautelosamente y miró al otro jardín; la niña dio un grito, y Raggio se detuvo, con los ojos fijos en ella.

No hay palabra bastante enérgica para describir el sentimiento que conmovió a aquellos dos seres, revelados el uno al otro de semejante manera...

Pronunciaron palabras que no correspondían a ningún lenguaje humano, pero que para ellos eran la traducción de una idea; permanecían en su lugar sin avanzar un paso, temerosos de que aquella imagen, cuya vista les daba tanto placer, tanto terror y tanta sorpresa al mismo tiempo, desapareciera para siempre.

El jovencito inició la conversación entonando una melodía aprendida de las aves del aire, y ella lo contestó en el mismo lenguaje. Debieron reconocer en ese momento que pertenecían a la misma especie.

Entonces se sonrieron mutuamente y se acercaron; Raggio puso los pies en el jardín de Vita; por la primera vez las mejillas de la niña se iluminaron de rubor.

Los adeptos habían quedado en la sala común; el Viterbese y el conde asistían secretamente a aquella escena y no perdían un movimiento de los dos jóvenes.

-¿Ve usted a mi Eva? -dijo el Viterbese-; ella es inocente y se cubre; el pecado de su madre le dejó por herencia el pudor.

Raggio había cruzado el arroyito, una de sus manos oprimía la mano de Vita, y con la otra levantaba los cabellos que cubrían el rostro y el pecho de la niña... Vita reía y oponía sólo una débil resistencia... Tenían muchas cosas que decirse, pero de sus gargantas no salieron sino sonidos inarticulados y gorjeos de pájaros. Vita reía. Llamó a Raggio con un movimiento de cabeza que quería decir:

-Ven...

Y lo llevó al lugar donde se depositaban los alimentos durante la noche, y le hizo señal de comer.

Raggio obedeció; la chica, viendo que Raggio comía como ella, saltó de placer, palmeó, y cantó como los pájaros. Se sentaron juntos y se desayunaron alegremente; bebieron agua de la fuente y luego se lanzaron en la piscina, divirtiéndose como dos tritones.

El Viterbese dijo:

-Ordene al hermano sirviente que me traiga el vino de Monterosi y mi copa de plomo. La orden fue transmitida y ejecutada inmediatamente. El adepto parecía agitado por una crisis nerviosa; sus labios se estremecían convulsivamente.

Los dos jóvenes corrían por el jardín como dos criaturas. Vita, ligera como un pájaro, se detenía solamente para recoger flores que se ponía entre los cabellos, y así adornada se mostraba a Raggio triunfalmente.

Raggio dejó súbitamente de seguirla en el laberinto de los árboles del jardín; su alegría cedió el lugar a una expresión melancólica; luego se reconcentró en sí mismo, como para despertar, en un pasado que no existía, vagos y misteriosos recuerdos, que seguramente sólo le había venido en sueños.

Sentía que una fuerza irresistible lo impulsaba hacia la niña; sin embargo, un sentimiento contrario lo retenía. Vita se acercó entonces a él y dejando caer su cabeza sobre su hombro, con amorosos gorjeos pareció decirle:

-¿Estás ofendido?

Raggio, con las mejillas encendidas, el pecho anhelante, los ojos húmedos de llanto, tomó las manos de la niña como pidiéndole perdón. En esos dos seres, con prodigiosa rapidez, comenzaba una pasión que no necesita palabras para hacerse comprender... Un instinto incontestable llevó los labios de Raggio hacia aquel semblante de mujer.

-¿La hora ha llegado... -dijo el Viterbese-. Hermano de Bolsena, tome esta carta la leerá después de mi muerte.

Entonces el adepto de Viterbo abrió una puerta secreta, entró furtivamente en el jardín, y desnudando un largo puñal, hirió tres veces a los dos jóvenes; luego hundió el arma en su propio pecho.

Todos los socios acudieron al lugar de la catástrofe, sobrecogidos de asombro, pero no de compasión.

-Hermanos -dijo el conde-. He aquí el diploma de la inmortalidad que me dio nuestro hermano de Viterbo antes de morir.

En seguida leyó:

-Mezclad dos gotas de sangre de Vita y de Raggio con el vino vertido en mi copa y bebedlo diciendo: ¡Inmortalidad!

Así se hizo. Fue un día de orgías, una noche de delirantes excesos.

Se bebió en honor de Satanás, se imprecó a Dios, se maldijeron a los ángeles... Antes de separarse, los adeptos decidieron reunirse una vez más para adoptar un común sistema de vida inmortal en una deliberación solemne. El decano de la sociedad debía presidir la reunión. Los adeptos se sentaron, esperando al presidente, que se demoraba...

Al fin, impacientes, fueron a buscarlo a su casa. El presidente no podía venir ni podría hacerlo nunca.

Estaba muerto.

Este texto apareció en el N° 7 de Revista Multicolor del Periódico "Crítica" de Buenos Aires el 23 de septiembre de 1933, firmado por Bernardo Haedo, uno de los pseudónimos que usó Borges en su juventud.